Un principio nuevo

Por su servidor Russell George

La obra de Dios en la salvación nos brinda la oportunidad de tener un nuevo principio en la vida. El Apóstol Juan lo llama el de ser nacido de nuevo. El Apóstol Pablo lo describe así: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.” (II Corintios 5:17)

Es lamentable que hay pocos que se dan cuenta de su necesidad de un nuevo principio. Muchas veces son los que han tocado fondo y no tienen más recursos.

Muchos son como la gente en la iglesia en Laodicea que dijeron: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad.” (Apocalipsis 3:17) Ellos dicen, Yo, ¿necesito un nuevo principio? ¿Para qué? La Biblia dice que la verdadera condición de la gente en Laodicea era que eran “desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.” Dado que son ciegos, no pueden ver su verdadera condición. Pablo dice en II Corintios 4:4 que el dios de este mundo (Satanás) ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo.

Usted, amigo lector ¿se da cuenta de su verdadera condición? Lo que eras y lo que pudieras ser son dos cosas distintas. Nuestros ojos son abiertos al saber la gloriosa transformación que Dios hace en la vida de los que se entregan a él y nos damos cuenta de nuestra verdadera condición. El pecador es vil y culpable delante de Dios. Cuando él se siente así, está dispuesto a entregarse a Dios humildemente arrepentido y pedir perdón de Dios.

La obra del Espíritu Santo, en parte, es la de convencer al pecador de su verdadera condición. Juan 16:7-11 dice: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al padre, y no me veréis más; de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” Hay muchos que resisten la voz del Espíritu y no hacen caso. Esto es lo que se llama “el pecado imperdonable.” Es blasfemar contra el Espíritu Santo. Leemos de esto en Marcos 3:22-30. Tal vez el Espíritu Santo ya ha hablado varias veces y no has escuchado. La Biblia dice en Génesis 6:3, “No contenderá mi Espíritu con el hombre para siempre.” No sigas resistiendo la voz del Espíritu porque un día él no va a hablar más contigo. Si esto sucede estarás perdido para siempre.

Tal vez tú dices, “pero no soy tan malo.” Esto es tu opinión, no más. Hay que tomar en cuenta lo que Dios dice. Dios dice en Juan 3:18 que ya estás condenado si no has creído en el nombre de Cristo. Tal vez preguntas, “¿Por qué estoy condenado?” El versículo dice que es porque no has creído en el nombre de Cristo. La única solución para el pecador está en la sangre que Cristo derramó en la cruz del Calvario. El hecho de desdeñar un amor tan grande es una abominación a Dios. Es rechazar, aun repudiar, a su Hijo amado. ¿Te das cuenta? Por eso estás condenado.

En la vida hay contrastes o opuestos. Si hablamos de una camisa gris y otra blanquecina no hay tanta diferencia. Al contrario, si ponemos un poco de carbón en una banca de nieve tenemos un contraste más grande. Encontramos lo mismo en cuanto a cosas espirituales. Si hubiera poca diferencia entre el infierno y los cielos sería posible entender la indiferencia de la gente. La verdad es que hay años de luz de diferencia entre los dos. Es así también la diferencia entre el amor de Dios y su ira. Dios nos manda a contemplar el gran contraste entre su amor y su severidad. Romanos 11:22 dice: “mira, pues la bondad y la severidad de Dios.” I Juan 3:1 dice: “Mirad cual amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.”

Muchos piensan que Dios debe mirar con favor a ellos porque dicen, “No soy criminal. No ha hecho mal a nadie. No soy perfecto, pero no soy tan malo tampoco.” El asunto es que el hecho de desdeñar un amor tan grande merece un castigo igualmente grande. En la vista de Dios, el desdeñar su amor es el pecado más grave de todos. Tu puedes ser la persona más buena en todo el mundo, pero si rechazas el amor y la salvación de Dios serás merecedor del castigo eterno.

Así que, la pregunta no es si eres bueno o no. La pregunta es, ¿qué has hecho con Cristo? ¿Le has aceptado como tu Salvador? Si no, estás condenado como dice en Juan 3:18. ¿Por qué sigues rechazando la salvación de Dios? El aceptarla sería la cosa mejor que puedes hacer. Si no estás seguro en cuanto a la manera de hacerlo, vaya a hablar con su pastor y dígale que quieres ser salvo. Será para ti un principio nuevo.